



MIKE CAREY
**CIRCULO
VICIOSO**

Después de un tiempo de baja por mal comportamiento, Felix Castor ha vuelto a regañadientes al exorcismo. Hay cosas que nunca cambian, Castor sigue pobre como las ratas. Lo que Castor necesita es un buen cliente que le permita salir de los números rojos. No es algo muy difícil en una ciudad como Londres donde los fantasmas y los zombis son el pan de cada día. Pero la buena suerte y Castor no suelen encontrarse. Finalmente, consigue un trabajo: el caso de un «fantasma desaparecido». Lo que parecía un trabajo fácil rápidamente queda fuera de control y Castor debe enfrentarse a sus colegas exorcistas, a unos adoradores del diablo, a militantes de la Iglesia Católica y, como no, a la policía local.

CÍRCULO VICIOSO

Mike Carey

*Alfabéticamente, para Ben, Davey y Lou;
cronológicamente, para Lou, Davey y Ben.
De todas formas no se van a quedar donde les diga,
gracias a Dios, así que ambas sirven.
Ojalá el mundo sea lo suficientemente bueno para
ellos.*

Capítulo 1

La varilla de incienso ardía con una llama naranja y olía a *Cannabis sativa*. En Sudáfrica crece salvaje: se puede caminar entre campos repletos, con tallos que te llegan a la cintura y sus hojas de cinco lóbulos te acarician como manos. Pero en Londres, donde vivo, se encuentra sobre todo en forma de chinas compactas de resina blanda y escamosa. Pierde un montón de su magia.

El sargento Gary Coldwood me lanzó una mirada claramente hostil a través de los hilillos del humo, que ondeaban perezosos al alzarse por el oscuro interior del almacén mientras su olor dulzón se disipaba entre los pasillos llenos de polvo. El almacén se hallaba en Edgware Road, en una desolada zona industrial; a juzgar por las ventanas rotas en el exterior y las filas y filas de estantes vacíos en el interior, hacía bastantes años que había sido abandonado, pero Coldwood me había invitado a reunirme allí con él y con unos cuantos de sus amigos uniformados para realizar un registro autorizado, así que podía apostar a que las apariencias engañaban.

—¿Ya has acabado de hacer el tonto, Castor? —preguntó Coldwood, mientras manoteaba para apartarse el humo del rostro. No sé si todo ese tacto y diplomacia es innato en él o lo aprendió en la academia de la poli.

Asentí sin prestarle mucha atención.

—Casi —contesté—. Tengo que entonar el mantra otra docena de veces o así.

Era sábado por la noche, y ya había tenido que lidiar con un montón de mis propios problemas. Cuando la Met, la policía metropolitana, llama, contesto, porque pagan a tocateja, pero eso no quiere decir que tenga que gustarme. Por otra parte, me imagino que si les monto un poco de espectáculo, se quedarán más impresionados cuando les presente el resultado. «Mirad, chicos –les digo a mi artera manera–, esto es magia: tiene que serlo, porque hay humo y espejos». Por ahora, Coldwood es el único poli que me ha pillado, y lo más seguro es que por eso nos llevamos tan bien. Respeto a un hombre que puede oler las sandeces en medio del incienso.

Pero esa noche, Coldwood estaba de mal humor. No había encontrado ningún cadáver en el almacén, y eso quería decir que no sabía con exactitud a qué se estaba enfrentando. Podía ser un asesinato, podía ser que su hombre se hubiera largado; y si era asesinato, eso podía representar una oportunidad de oro o seis meses de vigilancia encubierta evaporándose como el humo del incienso. Así que quería respuestas y eso lo hacía menos tolerante a mi teatro que de costumbre.

Murmuré unas cuantas variaciones de *om manepadme om*, y él me dio una patada en el tacón del zapato con sus duras botas de reglamento de la Met. Yo me hallaba sentado en el suelo ante él, con las rodillas dobladas, así que supongo que podría haber sido peor.

–Dime ya si puedes ver algo, Castor –me sugirió–. Luego puedes canturrear hasta que te hartes.

Me levanté, despacio, con la lentitud suficiente para que Coldwood perdiera la paciencia y se fuera a ver si los forenses habían conseguido arrancar alguna huella de un destartalado escritorio que había en el rincón del fondo de la sala. No estaba nada contento. Se lo notaba en la forma en que su rostro anguloso (con cierto parecido a Dick Tracy, si Dick Tracy fuera cejijunto y tuviera un problema de piel) se comprimía en una mueca que le hacía sobre-

salir el labio inferior como una repisa rabiosa. Su lenguaje corporal también lo delataba un poco: siempre que acababa de agitar las manos y señalar, lo que hacía al dar órdenes, la mano derecha le caía sobre la discreta pistolera que llevaba bajo la chaqueta de cuero color canela, como para comprobar que seguía ahí. Coldwood no llevaba mucho tiempo en una unidad armada, y se podía ver que aún le resultaba una novedad.

Crucé el almacén hacia la puerta por la que había entrado, lejos del equipo forense, observado con curiosidad por dos o tres de los agentes uniformados que estaban allí para controlar el perímetro. Coldwood conoce mis trucos y sabe cómo tomárselos, pero era evidente que, para esos tipos, yo era algo como salido de una feria de monstruos. Sin prestarles atención, miré detrás de los archivadores que se alineaban contra la pared, a la derecha de la puerta. Golpeé el corcho de un tablón de anuncios que había en la pared tras ellos, del que colgaban fajos de polvorientas facturas como pellejos sarnosos, y les di la vuelta a los calendarios de tías buenas para echar un vistazo a los ladrillos pintados de gris que cubrían. No había puertas ocultas, ni cajas fuertes empotradas en las paredes, ni siquiera viejos *grafitis*.

Miré hacia abajo. El suelo del almacén era de cemento gris, pero justo allí, junto al tablón de anuncios y los archivadores había un rectángulo irregular de linóleo rojo con un dibujo de un sol psicodélico, muy retro-chic, a no ser que llevara allí desde los años setenta. Me había fijado en otro trozo, con el mismo dibujo, bajo el escritorio. Pero en este había marcas de arrastre sobre el polvo. Pateé el linóleo con el tacón a ver qué. Un *bum* algo hueco se oyó bajo mi pie.

—¿Coldwood? —lo llamé, volviendo la cabeza.

Él debía de haber captado algo en mi voz, o bien había oído también el ruido a hueco, porque enseguida estuvo junto a mí.

—¿Qué? —preguntó, suspicaz.

Señalé el linóleo.

—Hay algo ahí —contesté—. ¿Este sitio tiene sótano?

Coldwood entrecerró un poco los ojos.

—No según los planos —respondió. Llamó con un gesto a dos de los agentes, y estos vinieron corriendo—. Levanten esto —les dijo, señalando el linóleo.

Primero tuvieron que mover los archivadores, y como estaban llenos, les costó un poco. Podría haberles ayudado, pero no quería liar me en una discusión sobre competencias. El linóleo en sí se enrolló con la misma facilidad que una vaina de guisantes, y Coldwood masculló un taco cuando vio la trampilla que había debajo. Resultaba evidente que pensaba que sus chicos deberían haberla encontrado antes que yo.

Era, más o menos, de metro por metro y medio, y estaba justo al mismo nivel del suelo por tres lados. En el cuarto, las bisagras se hundían cerca de un centímetro. Era un trabajo profesional realizado con las uniones más finas posibles, para que ninguna señal se acabara marcando en el linóleo que lo había cubierto. A la izquierda había una cerradura; el ojo tenía forma romboidal y no se hacía más ancho por el lado de la barra de la llave, así que casi seguro que sería una cerradura de Sargent & Greenleaf; un hueso duro de roer.

Coldwood ni siquiera se molestó en intentarlo. Envió a dos agentes a buscar unas palancas. Con gran cantidad de maniobras, unos cuantos intentos fallidos y una lluvia de astillas cuando la madera crujió y se resquebrajó, por fin consiguieron arrancar toda la cerradura. Incluso entonces, el pestillo casi ni se pudo doblar. La placa sobresalía de la trampilla en un ángulo de treinta grados, con trozos de madera en forma de estrella de mar, aún sujetos a los tornillos; aquel guardián herido no había sido vencido del todo. Pasado su momento de gloria, los policías se apartaron con deferencia para que el sargento pudiera abrir la

trampilla. Eso hizo Coldwood, con un gruñido de esfuerzo, porque la madera de la trampilla resultó ser de casi tres centímetros de grosor.

Dentro, el espacio tenía unos treinta centímetros de profundidad, con tres separadores verticales de contrachapado, que lo dividían en cuatro compartimientos de igual tamaño. Tres de esos compartimientos contenían idénticas bolsas de papel de estraza, más o menos del tamaño de un paquete de azúcar de dos kilos, envueltas con dos capas de plástico; el cuarto estaba casi lleno de fundas negras de devedés, pero dos pequeñas libretas, con las tapas algo manchadas de aceite, se hallaban en un rincón. En la tapa de una, escrito en mayúsculas con un rotulador negro de punta gruesa, ponía: material entrante. No sabría decir qué ponía en la otra.

A un gesto del sargento, los chicos cogieron una de las bolsas y ambas libretas con sus manos enguantadas en látex, y se las llevaron al escritorio, como niños con los regalos del día de Navidad. Coldwood aún seguía mirándome. Su mirada decía que ya se habían acabado las bromas. Quería toda la historia.

Pero yo también. No prostituyo mi talento por cualquiera, sobre todo si tiene un rango y un uniforme, y cuando me arrastran a una situación de la que no tengo ni puta idea, me gusta hacerme el tímido hasta que sé dónde piso. Así que, como respuesta, le lancé una pregunta.

—¿Tu hombre mide sobre un metro ochenta y cinco, es corpulento, pelirrojo y lleva unos chinos de Armani y una de esas chaquetas gais sin cuello de una especie de color verde oliva sucio?

Coldwood hizo un sonido gutural que podría haber sido una risa, si en su repertorio se contara la risa.

—El mismo —contestó—. Y ahora deja de jugar al místico y dime dónde está.

—Dime tú quién es —contraataqué.

–¡Mierda! Castor, eres un asesor civil, así que haz lo que se te paga por hacer, ¿vale? No te corresponde conocer el expediente del caso.

Esperé. Esa era mi quinta o sexta excursión con el detective sargento Coldwood, y ya habíamos establecido una especie de rutina. Pero, como ya he dicho, ese día, él no estaba del mejor humor. De ahí su intento de que le pasara la información sin darme nada a cambio.

–Podría arrestarte por ocultar pruebas y por entorpecer una investigación –remarcó.

–Podrías –acepté–. Y te deseo que disfrutes intentándolo.

Hubo un breve silencio. Coldwood resopló.

–Se llama Leslie Sheehan –dijo con rostro y tono inexpresivos–. Trapichea con cualquier droga a la que pueda echar mano, además de algo de porno fetichista del feo a modo de *hobby*. Lo más seguro es que de eso serán los devedés. Quizá esté dos escalones por encima de las mulas y los camellos de la calle, y no nos importa un cuerno. Pero trabaja para un tío llamado Robin Pauley, al que nos encantaría ponerle las manos encima. Así que nos hemos pasado los últimos seis meses vigilando a Sheehan y montando un caso contra él, porque creemos que se puede volver contra Pauley. Ya nos ayudó una vez, hace unos diez años, para librarse de un cargo de conspiración para cometer asesinato. Cuando lo han hecho una vez, tienes más por dónde agarrarlos. Pero ahora ha desaparecido, y creemos que Pauley puede haberse olido la tostada.

–En cualquier caso, Sheehan ya no va a hablar –dije con tranquila y absoluta convicción.

Coldwood estaba exasperado.

–Castor, ni siquiera estás cualificado para tener una puta opinión sobre... –gruñó. Entonces lo captó–. Oh –masculló, y como un segundo después añadió un amargo–: ¡Joder! –Estaba a punto de decir algo más, sin duda igual

de escueto, cuando una de las ratas de laboratorio lo llamó.

—¿Sargento?

Él se volvió, rápido e inexpresivo. Primero siempre va lo que se tiene entre manos; la imaginación se deja enfundada.

—Es heroína —dijo el técnico con tensa formalidad—. Más o menos sin cortar. Pura en un noventa y cinco o un noventa y seis por ciento.

Coldwood asintió con sequedad, luego se volvió de nuevo hacia mí.

—Así que debo suponer que Sheehan está por aquí, en algún lado, ¿no? —preguntó por pura formalidad.

Asentí, pero necesitaba decírselo con todas las letras, por si le quedaba alguna esperanza.

—Su fantasma está aquí —afirmé—. Eso no quiere decir que su cadáver lo esté. Ya te he explicado otras veces cómo funciona esto.

—Necesito verlo —dijo Coldwood.

De nuevo asentí. Claro que necesitaba verlo.

Metí la mano dentro de mi abrigo y saqué mi flautín irlandés. En circunstancias normales, hubiera sido un Clarke Original en clave de «re», pero ciertos acontecimientos a bordo de un barco unos meses atrás me dejaron temporalmente sin instrumento. El barco en cuestión era un elegante yatecito llamado *Mercedes*, pero si están pensando en la Regata Henley, se equivocan de plano: el naufragio del *Titanic* les dará una imagen mejor. O quizá *El holandés errante*. Bueno, pues como resultado de ese viajecito acabé comprando un Sweetone, de un color verde chillón, que se convirtió en mi instrumento, a falta de otro. No lo notaba ni tan dispuesto ni tan sensible bajo mis manos como el viejo Original, y se veía un poco ridículo, pero íbamos haciéndonos el uno al otro. Un año más o así, y seremos inseparables.

Me llevé el flautín a los labios y soplé «sol», «do», «la», para afinar. Era consciente de que todos los ojos de la sala se habían clavado en mí; los de Coldwood, inexpresivos; la mayoría de los otros, con un morboso interés, aunque a uno de los agentes uniformados se lo veía más bien nervioso.

El problema con lo que yo estaba a punto de hacer era que no siempre funcionaba. Como mucho, la mitad de las veces. Hay algo en la concepción racionalista del mundo que impide ver u oír cosas que contradigan esa visión, como, digamos, las sirenas o los cerdos voladores. O los fantasmas. En conjunto, dos de cada tres personas pueden ver a algunos muertos, pero incluso así, depende mucho del humor y la situación. Y en ciertas profesiones, el porcentaje baja a algo muy próximo al cero. Los policías y los científicos se agrupan más o menos al final de la tabla.

No sabía qué iba a tocar hasta que di las primeras notas. Podía no ser gran cosa: solo el esqueleto de una melodía, o un fraseo atonal con algún tipo de burda estructura. Resultó ser un tema de Micah Hinson, llamado *El día que Texas se hundió en el fondo del mar*. Había visto a Hinson actuar en algún café de Hammersmith y me agradó la cantarina aspereza de su voz y las repeticiones machaconas e hipnóticas de sus letras. Pero la canción ya me gustó solo por el título.

Al principio pareció que no pasaba nada, pero, claro, desde mi punto de vista, nada nuevo tenía que pasar. Por suerte, la perspectiva de Coldwood sí iba a variar un poco. Antes de empezar por segunda vez el estribillo, uno de los forenses lanzó un grito ahogado desde el escritorio. Bien. Luego otro agente gritó y señaló, y supe que la plañidera cancioncilla había funcionado.

A lo que señalaban era a un hombre que estaba de pie sobre el agujero que había cubierto la trampilla. Había estado ahí todo el rato, visible para mí desde el momento en el que había entrado, pero los chicos de Coldwood ha-

bían estado andando junto a él y a través de él sin ni siquiera un escalofrío premonitorio o un murmurado «Ave María», así que sabía que yo era el único que podía verlo.

Pero la música había cambiado eso. Esa melodía, en ese momento justo, en ese lugar exacto, tocada con ese tempo, era, para mí, una descripción del fantasma. Es una habilidad que tengo: no solo veo a los muertos, sino también los percibo con un sentido que es nueve partes oído y una parte que solo puedo describir como «lo otro». Puedo atrapar la esencia de un fantasma con la música, y una vez que lo he hecho, puedo hacer otras cosas con él. Una, que descubrí hace bastante poco y de forma espectacular, es hacer que otra gente también lo vea.

Así que en ese momento, la música estaba colocando a ese muerto dentro de la percepción de Coldwood y sus polis, lo que significaba que estaban viendo materializarse al fantasma de Sheehan a partir del aire. Coldwood tenía una forma de pensar más pragmática. Caminó hasta el fantasma y comenzó a examinarlo. El fantasma lo miró con ojos tristes y asustados.

Era evidente que Leslie Sheehan no hacía mucho que había muerto, y aún no había tenido tiempo de acostumbrarse a la idea. Había acudido ahí, porque «ahí» era un lugar con el que tenía fuertes vínculos, o quizá solo se había quedado ahí porque era ahí donde había muerto. En cualquier caso, una vez que se había materializado ahí, ese parecía ser el límite de sus capacidades por el momento. No podía reinsertarse en la vida porque su cuerpo fantasmal no podía levantar, ni mover, ni tocar ningún objeto físico, y ni siquiera podía hacer de forma segura lo que su mente fantasmal le decía. Algunos fantasmas permanecen atrapados, repitiendo su muerte durante toda la eternidad. Otros se quedan, como Sheehan en ese momento, con aspecto perdido y asustado, vencidos y abatidos por el hecho, ya innegable, de su propia mortalidad. En algún sentido era consciente de nosotros, y su mirada

siguió a Coldwood cuando el sargento se acuclilló para echar una ojeada a algo que había llamado su atención. Pero era como si Sheehan estuviera clavado en el sitio: incapaz de tomar la decisión o formar el deseo de moverse de donde estaba.

Coldwood señaló la ligadura que rodeaba el antebrazo desnudo de Sheehan.

–Se estaba picando –concluyó con aspecto contrariado–. El gilipollas se mató.

–Eso mismo estaba yo pensando –concordé–. Pero si echas una ojeada a la parte posterior, quizá quieras cambiar de opinión.

Coldwood me dedicó otra expresiva mirada. Pero se levantó, rodeó al patético fantasma y luego miró con cierta sorpresa la parte trasera de la cabeza de Sheehan, o para ser más exactos, al sitio donde esta había estado. Porque en su mayor parte ya no estaba. La sombra de Leslie Sheehan perdió interés en el sargento en cuanto este salió de su vista. Alzó las manos y se las miró durante un momento, luego frunció el cejo y miró alrededor, como si estuviera intentando recordar dónde había puesto las llaves del coche.

–Tú eres el experto –dije–, pero supongo que ha sido la bala de una pistola, contra la sien, justo delante de la oreja y con un ángulo un poco hacia atrás. Si le hubieran disparado desde atrás, casi seguro que la mayor parte de su rostro sería el orificio de salida.

–No ha sido con una pistola –mascullo Coldwood–. Ha sido con uno de esos trastos de bala cautiva que usan para matar cornejas. –Señaló–. Toda la parte izquierda de la cabeza se ha hundido. No se consigue eso con una bala normal de alta velocidad... ¡Eh, si vomitas aquí, te arresto por algún puto cargo!

Esas últimas palabras no iban dirigidas a mí, sino al poli uniformado al que antes había visto un tanto pálido. Desde donde estaba, el pobre tipo tenía una inmejorable

perspectiva de algunas de las partes más privadas de Sheehan, esas que antes habían estado dentro de su cráneo. No parecía que la vista le estuviera sentando muy bien. Ante un seco gesto de Coldwood, el poli corrió hacia la puerta.

Coldwood volvió de nuevo su atención hacia mí.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó—. ¿El cuerpo físico, el real? ¿Dónde podemos encontrarlo?

—No tengo ni puta idea —contesté con sinceridad—. Se lo puedo preguntar, si quieres. Pero será mejor que se lo preguntes tú mismo. Puede verte. Te veía incluso cuando tú no podías verlo.

—Pero tú eres el experto —me copió con un hábil sarcasmo.

—Ser exorcista no es exactamente lo mismo que ser detective —le repliqué como si nada—. No tengo una placa que ponerle delante de las narices, y es muy difícil darle una paliza a un tipo que ya está muerto. Pero lo intentaré si me dejas a solas con él. No voy a hacerlo delante de toda tu gente.

Coldwood rumió eso durante un buen rato.

—Vale —aceptó, pero me puso un dedo amenazador ante la nariz—. Toca las pruebas y te saco las tripas, Castor. ¿Queda claro?

—No necesito drogas —contesté—. Me puedo colocar con la muerte.

Mascullando una blasfemia, Coldwood hizo un gesto a su equipo para que saliera. Cuando se fueron, el lugar quedó agradable y tranquilo. Decidí dejar que pasaran unos minutos para que ese nuevo ambiente se instaurara, antes de dedicarme al señor Sheehan. Metí el flautín en el bolsillo especial que había cosido en el forro del abrigo (suelo usar un abrigo del ejército ruso, porque oculta multitud de huecos) y de otro bolsillo saqué una petaca de plata llena de un coñac griego fuerte en extremo. Pegué un trago, y el licor se extendió por mi interior como el fue-